



Foto de Isabel Lima

EDMUNDO TORRES

Las manos que danzan

María. C. Chavarría M. Lingüista y educadora

Entre los últimos días de abril e inicios del mes de julio, la escasa cartelera artística limeña se vio privilegiada con la visita de Edmundo Torres Tresierra, mascarero de Puno y del mundo. Edmundo es un artista completo pues no solo hace máscaras de gran belleza y humor sino también es actor, escultor, dibujante, diseñador de vestuario, danzante, utilero, activista; en suma: un permanente investigador del arte dramático.

Su exposición celebrando su medio siglo de oficio se llamó *Las manos que danzan*, título apropiado para esta magnífica muestra, curada por el actor y director Miguel Rubio, con el auspicio del Grupo Teatral Yuyachkani y la Universidad Católica.

Esta no es su primera muestra en Perú, hubo otra, anteriormente curada por el recordado Lucho Repetto, en ese mismo local, titulada “El Mundo Mágico de Edmundo Torres”.

La exhibición que reseñamos fue pretexto para presenciar varias *performances* del artista donde hubo música, teatro y danza que abrieron y cerraron la muestra. El público entusiasmado participó de ellas y entusiasmado cantó y bailó en esas ocasiones, con la colaboración musical de varios actores de Yuyachkani y una pequeña orquesta. Hubo toda clase de máscaras que el maestro Torres ha confeccionado a lo largo de estos cincuenta años, videos de sus diferentes *performances*, un documental sobre su trabajo en su atelier de Berlín y una simpática réplica del mismo en los ambientes del Centro Cultural de la PUCP, donde el público podía entrevistarse

con el maestro mascarero. También pudimos entrevistarlo y el testimonio del maestro Torres aparece en varios pasajes de este texto precedido de comillas y en cursivas.

Los seres humanos vivimos enmascarados
La danza fue uno de sus primeros amores. Bailó desde niño en la escuela, en la Diablada para la fiesta de la Virgen de Tusini, en un poblado cercano a Lampa. En esos tiempos, los mismos niños, con ayuda de sus profesores, confeccionaban sus disfraces con cartón, platinas y chapitas para imitar el brillo de los lujosos trajes con que desfilaban las comparsas.

El complemento del traje es la máscara y esa sería el amor más duradero de Torres. Según Edmundo, cuando tenía 15 años, quiso bailar sikuri y para cumplir su deseo, tuvo que hacerse la máscara de la China Diabla. Pero en todo ello, surge su propia observación de que todos estamos en una sociedad enmascarada, que encubre nuestro deseo de ser vistos y aplaudidos.

“La danza siempre se hace enmascarado, puede ser facialmente con la máscara que cubre el rostro, como también por los atuendos que llevas, porque no son los atuendos normales, son atuendos de fiesta o de caracterización específicos”.

Su atracción por la música y la danza, lo llevaron a seguir a sus hermanas y bailar en la Agrupación Puno de Arte Folklórico y Teatro (APAFIT) donde iría desarrollando el arte de la interpretación que le ha dado tantas satisfacciones. Edmundo hace sus máscaras acompañado de la música y del





canto como se ve en los documentales que se han hecho sobre él. La música es su eterna compañera y es raro encontrarlo trabajar en silencio. En la inauguración de su muestra, Edmundo cantó un huayno puneño y hasta una sentida canción mexicana al cierre de la misma. A este artista le encanta la interpretación musical y se apresta a grabar un disco en colaboración con otros artistas del medio.

El poder de las máscaras

Desde los orígenes de la humanidad, no hay pueblo en el mundo que no haya usado máscaras. Estas han tenido múltiples usos: religiosos, de caza, guerra o de carácter funerario. Las máscaras convocan la memoria y quienes las ven reconocen personajes de su propio imaginario. La gente que ve por vez primera las máscaras de Edmundo se imagina o trata de imaginarse a qué personaje corresponden. Algunas de las más famosas de su autoría, se asocian a la festividad de la Virgen de la Candelaria, como la China Diabla, el Rey Moreno, los Arcángeles; pero también hay máscaras de danzantes de la Huaconada. Sorprende su versión de una coqueta Santa Rosa de Lima o sensuales damas coloniales y también gorditos lustrosos del periodo republicano de nuestra historia. No faltan militares de rostro libidinoso o mujeres etéreas coronadas con complejas aureolas o envueltas en primorosos encajes. Algunos de sus personajes salen del contexto peruano como las varias versiones de Frida Kahlo o la famosa *Calaca Catrina*, del imaginario mexicano. Torres ha dado universalidad al mundo de las máscaras sin perder el tono tradicional e histórico de donde han sido tomadas y ahí radica su genialidad.

La Candelaria: ritual mariano donde se baila para ser aceptado

Mucha gente ajena a la fiesta de La Candelaria, se pregunta por qué se baila tanto en Puno. Se ha calculado que hay cerca de trescientas danzas en el entorno puneño. Edmundo considera que la devoción de la



Billy Hare

Virgen de la Candelaria ha sido el motor del migrante indio que llegaba a esa especie de metrópoli que se supone es Puno, en busca de aceptación, de reconocimiento de su existencia. Según su amigo, Max Meier,

egresado del Instituto Latinoamericano de la Universidad de Berlín, esta celebración tiene visos de ciudadanía.

«Es muy interesante lo que ha captado (Meier), que justamente la devoción de la Virgen de la Candelaria ha sido el motor del migrante indio que llegaba a esa especie de metrópoli que se supone es Puno. Y [los indígenas que venían de lejos] eran muy maltratados. Hubo una época en la que incluso estaba prohibido a los indígenas pisar la Plaza de Armas, era una sociedad muy conservadora. Los migrantes comenzaron a través de este culto mariano, yo pensaba, eso ha sido como la búsqueda de ciudadanía que se hacía a través de ese culto. Y evidentemente el migrante trabajaba muchísimo y lógicamente eso resultaba redditicio, cada vez tenía más dinero y entonces, bueno, de alguna manera tenía que ser aceptado».

Edmundo sostiene que en Puno la aridez del paisaje y las dificultades para el crecimiento de los vegetales condicionan la necesidad de suplir estas dificultades con el color y la sonoridad. *“Se suple en los días de fiesta con el color de los atuendos, con la música y con el baile”.*

Sus inicios de mascarero migrante

Edmundo transitó entre Puno y Lampa de niño, luego vino a Lima. Fue alumno de la Escuela Nacional de Arte Dramático, en el antiguo local de La Cabaña, hoy con rango universitario. Antes que nada Edmundo es un actor y lo dice con orgullo:

“Sí, empecé en la Escuela Superior de Arte Dramático el 69. Al terminar la carrera pasé al Teatro Nacional Popular, porque no nos olvidemos que esa era la época de Velasco. Y hay que resaltar que esa ha sido la única vez donde ha habido una real política cultural en este país.”

Recuerda a sus compañeros de promoción: Víctor Prada, Haydee Cáceres, Ricardo Santa Cruz, Mario Delgado de Cuatro Tablas, Carmen Mendoza entre otros. Durante su paso por el Teatro Nacional Popular, ve en la máscara el aditamento necesario para el ejercicio dramático.

Al poco tiempo migra a Italia, a Milán propiamente, donde estudia en la Civica Scuola di Arte Dramatico con Alberto Chiessa. Posteriormente, al volver al Perú, sigue un taller de máscaras con un mascarero notable: Jean-Marie Binoche quien le comparte los secretos de la elaboración de las máscaras.

Su colaboración con Yuyachkani

La vinculación de Edmundo Torres con el teatro peruano pasa por una rica experiencia de exploración donde se mezcla la tradición y la modernidad. Y una de la más recordadas es su vinculación con el Grupo Cultural Yuyachkani, que fuera fundado en 1971. En la exhibición que reseñamos hay varios espacios con personajes de los «yuyas» que han recibido la influencia del arte de Edmundo.

¿Y cómo empezó esto?

“Cuando conocí a los Yuyachkani lo primero que hice con ellos fue Allpa Rayku, que quiere decir “por la tierra”, era un espectáculo que ellos crearon en los tardíos setenta y que narraba las tomas de tierra, me parece que es de Andahuaylas. Me acuerdo que yo comencé a convencerles de que debía haber una plástica precisa, que los trajes fueran los más adecuados a los personajes que representaban, porque en ese entonces estaba vigente un teatro más político y que a veces rechazaba algunos elementos: el maquillaje, el vestuario. Todo eso en ese entonces se veía como un elemento burgués. Yo que venía de la experiencia de la APAFIT, traté de hacer que los trajes fueran los adecuados. Yo no cosí porque no sé coser, pero escogí materiales y busqué estilos precisos para las cosas. Fue muy lindo, un proceso muy bello. Que además tuvo una buena resonancia. Se estrenó en la canchita de San Fernando y tuvo una muy buena acogida, tuvo una recepción de la crítica bastante buena. Ellos viajaron, hicieron un tour a Estados Unidos.”

Ahí se inicia su amistad y colaboración con el grupo Yuyachkani en la década del 70. Su trabajo más recordado con las máscara y los «yuyas», proviene de la puesta en escena de una obra que es un ícono del teatro peruano: *Los músicos ambulantes*. Esta es una adapta-

ción dramática basada en *Los Saltimbanquis* de Luis Enríquez y Sergio Bardotti y *Los Músicos de Bremen* de los hermanos Grimm. Pero es mejor escuchar la versión del mismo Torres:

«Fue curioso porque el objetivo era una gran súper producción. Era la época de Belaúnde. La línea narrativa planteaba a Belaúnde y su corte como borbónicos. Iba a ser una cosa un poco como zarzuelística.

[...] Estábamos con Alberto Ísola. Y Alberto les dijo[a los «yuyas»] y por qué no hacen Los saltimbanquis, esta obra que habían hecho en Milán. Yo no sabía, porque sino hubiera ido. Era una obra de marionetas. Y parece que Chico Buarque se interesó y creó la música en Brasil. Acá hubo dos versiones de Los saltimbanquis, Rafael Hernández dirigió una versión. Y la otra la dirigió Alberto Ísola. Yo me acuerdo que yo les hice elementos de utilería y el vestuario: la gallina, el burro, la gata, el perro. Todos tenían cosas que yo pensaba eran oportunas. Alberto les dio el texto de Los saltimbanquis y de ahí salió la obra. Y yo tenía que hacer las máscaras, me acuerdo que a Miguel no le gustaban mucho las máscaras, la del burro no le gustaba».

¿Sería porque era difícil llevar la máscara y hablar?

“Por eso se pensó en las medias mascaras. A mitad tienes todo, puedes soplar, puedes hablar, puedes cantar. Yo me encargué del vestuario.

[...] Desde el primer momento se reveló el éxito que tendría. Siempre estoy pensando una cosa un poco banal, es que eso debe estar en el libro Guinnes porque ellos comenzaron a hacer los músicos ambulantes en sus veinte. Es el elenco original el que sigue. Eso habría que reseñarlo, debería estimularse. Debería haber algo. Un reconocimiento a eso [del gobierno peruano], por lo menos que la gente sepa que hay eso. Pues claro, habla de la interculturalidad, la migración. De la presencia andina en la urbe y en toda partes, porque la gata es de la montaña. Por eso la migración. Uno de los personajes es la Mishicca Lameña. Es de Lamas, por eso tiene esas cintas. Por eso la gallina le dice: “Déjame que te cuente lameña”. Además,

está llena de frases de ese tipo que a mí me encantan. Cosas que vienen de los avisos televisivos, “ah, esa pregunta ni se pregunta”. Todas esas cosas están en la obra.

Edmundo y su Calaca Catrina

Edmundo migrante puneño que hoy vive en Berlín, y siempre estuvo atraído por las películas mexicanas que vio de niño en Puno, y esa influencia se nota en el éxito de su famosa Calaca Catrina.

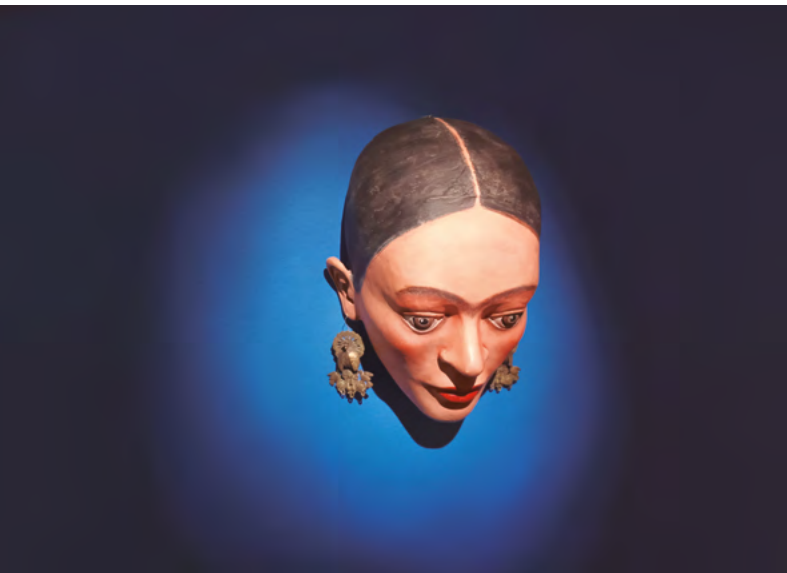
“Hay otra cosa también, en mi actividad berlinesa, hay dos cosas importantes. Una es que me involucré en la celebración de los Días de Muertos, que es una celebración mexicana. Creé el personaje de la Calaca Catrina para ello, he estado 25 años trabajando en ese rubro, con un colectivo que se llama Calaca. Pero mi relación con México data de mucho antes. Cuando yo era niño era un obsesionado con el cine. Y el cine que consumíamos con más frecuencia era el cine mexicano. Era además la época de oro del cine mexicano. Entonces yo creo que eso es una parte esencial, yo siempre digo que mi educación sentimental es el cine mexicano. Por eso la cultura mexicana siempre ha sido una cosa importante como imagen para mí. De ahí pasar a hacer personajes mexicanos es un paso. Posiblemente uno de los más logrados sea la máscara de Frida Kahlo, que además he hecho bastantes versiones, siempre hago versiones.

Su amistad con migrantes mexicanos en Berlín hizo también que se atreviera a realizar esta performance de la Calaca Catrina en Berlín y en México. Recordemos que las calacas son los esqueletos festivos que se ven adornando todas las casas, plazas y las tiendas durante el Día de los Muertos. Catrina fue una creación de 1912 del grabador mexicano José Guadalupe Posada, movido por una intención satírica y crítica de la sociedad mexicana. Pero Calaca Catrina hoy es un personaje formidable del repertorio de Edmundo. Un video de esta famosa performance de Torres se exhibió junto con la muestra. Y apareció también bailando en el cierre de la muestra.



Fotos de Billy Hare

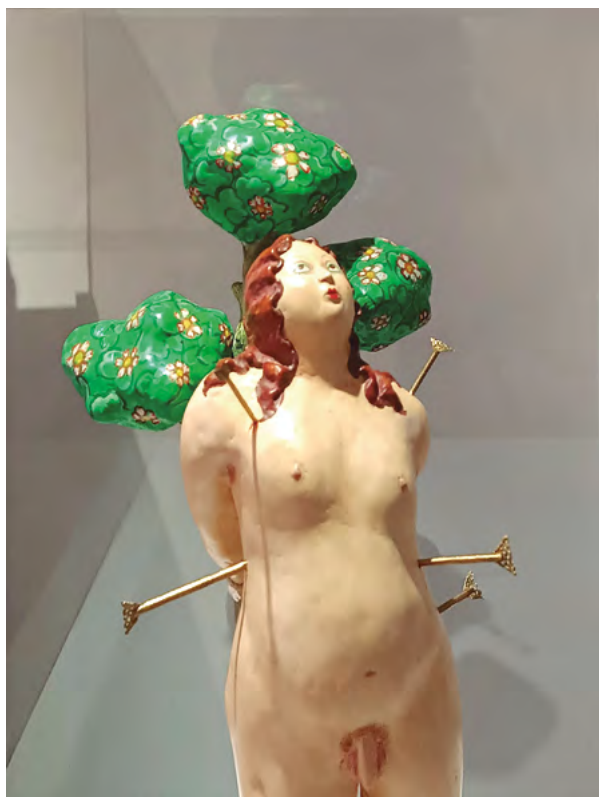




Fotos de Billy Hare



Calaca Catrina, en la versión de Torres es un voluptuoso esqueleto, seductor, lleno de coquetería y no un elemento sombrío. El actor la representa de una manera festiva, con elegancia y glamour. Usa amplio sombrero, vestido ceñido de encaje, con muchos vuelos, muy silueteado. La *Calaca Catrina* ha viajado en el Metro, aparece en las calles, se aproxima a los jóvenes, los asedia y baila con ellos. Este es el personaje mexicano que desfila en el Día de los Muertos en México y también en Berlín, en el barrio de Kreuzberg, donde Edmundo reside desde hace 40 años.



Berlín, su otra ciudad

Su partida a Alemania y su instalación en Berlín son parte de un periplo donde el arte y su añoranza por su tierra natal han hecho de él un embajador pleno de Puno en Europa. Pero Edmundo es también berlinés, ciudad que lo ha acogido y a la que le guarda cariño. Es allí donde con otros connacionales artistas crea una Asociación que difunde el arte peruano.

«Pero quisiera no dejar de lado otra cosa, en Berlín se celebra todos los años, hace unos 25 años, el Carnaval de las Culturas. Me parece que por el 2006 con Lucho Godínez lo empezamos. Lucho tuvo la iniciativa de formar un grupo para justamente participar en el Carnaval de las Culturas. Es chistoso porque el grupo se debía llamar la Candelaria, pero [ahora] se llama Ríos Profundos y me parece que es un nombre muchísimo más lindo»

El rincón de las t'anta wawas

Junto a las máscaras expuestas de esta muestra, hubo una sección especial: las caritas para las *wawas* de pan o *t'anta wawas*. Esta es una muestra de una tradición andina que tiene elementos prehispánicos y católicos para conmemorar el Día de Todos los Santos, donde se recuerda a los niños que no llegaron a nacer o murieron muy temprano. Esta celebración se comparte en Perú y Bolivia. Es un pan dulce, donde el cuerpo aparece envuelto en una manta y donde la carita del difunto es una especie de máscara con características angelicales. Gran parte de estas caritas aparecen en la muestra de Torres y nos recuerdan la permanencia de costumbres indígenas en ritos católicos. Esto nos habla del gran respeto que tiene Edmundo por esta tradición andina que lo acompaña en su periplo.

Vigente como nunca, Edmundo Torres planea dejar todas sus obras en un museo de su Puno querido. Las gestiones, lentas y tortuosas, como todo en el Perú, ya han empezado. Él ha formado a otros mascareros que siguen el camino de aquel mascarero que un día salió de Puno para conquistar el mundo de la ilusión.

Nosotros estaremos a la espera de una nueva visita del maestro mascarero y ¿por qué no? una página web donde podamos ver todas sus obras, su carisma y bonhomía así lo merecen. Hasta pronto, Edmundo.

